

zacion jurídica que se vió en la Iglesia, la cual no usaba antes en ellas tantas formalidades. Sacóse entonces el santo cuerpo de la primera sepultura y fué colocado con solemnidad en una capilla edificada en honra suya dentro de la iglesia de Santa Afra, la cual comenzó desde aquel dia á tener la advocacion de nuestro santo.

SAN LAUREANO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

Entre los obispos célebres que han florecido en la Iglesia por su eminente virtud, y por su zelo apostólico en la defensa de la fe católica contra la herejía arriana, es digno de memoria eterna san Laureano, arzobispo de Sevilla. Nació este héroe, verdaderamente grande, en la inferior Panonia, parte del reino de Ungría. Aunque su casa era una de las mas distinguidas del país, tenia la desgracia de estar envuelta entre los crasos errores del gentilismo, en el que procuraron educar sus padres al niño; pero las primeras luces de la razon que en él se despertaron, dieron á entender fácilmente que corria por especial cuenta de Dios la direccion de su espíritu, dejándose ver sensiblemente los influjos de la gracia en el infante, que solo tuvo de niño la inocencia. Un pariente suyo católico, que contemplaba repetidas veces las celestiales prendas con que Dios habia dotado al jóven, prevenido con aquellas interiores luces y sobrenaturales inspiraciones conducentes á los nobles designios, para los que le eligió la divina Providencia, quiso darle á gustar los altos dictámenes de la religion cristiana; y en él halló una fiel correspondencia á sus saludables exhortaciones y un asenso total á la doctrina del Evangelio. Deseoso de abrazar la profesion de la verdad, dejó á su patria, padres y parientes

cerca de los veinte años, y se fué á Milan acompañado de su deudo, con el objeto de instruirse en la fe, la cual florecia en aquella gran metrópoli, ilustrada por insignes maestros debidos al infatigable zelo de los prelados de la misma iglesia.

Hállabase á la sazón obispo de Milan san Eustorgio II, varon de gran mérito, á quien se presentó Laureano, é informándole del motivo de su venida, tomó á su cargo el instruirle en las infalibles verdades de nuestra santa fe. Admirado el catequista de la capacidad, del entendimiento del catecúmeno, de la superior luz de su inteligencia, de su amable condicion y sobre todo de la interior fábrica que en él iba labrando el Omnipotente, le administró el sacramento del bautismo, y reengendró en la vida sobrenatural aquel hombre nuevo, que en el arreglo de su conducta apenas tuvo que desnudarse del antiguo.

Agradecido Laureano á este beneficio se consagró al servicio de Dios enteramente, pidiendo al Señor de continuo que no permitjese en su alma sombra alguna que afease la divina semejanza estampada en ella. Arreglado á esta idea, se entregó á la oracion, y no omitió mortificaciones, ni ejercicios de piedad que pudieran contribuir á la perfeccion que deseaba. Aplicóse al estudio de las ciencias, y como se hallaba dotado de un perspicaz y profundo entendimiento, hizo en ellas maravillosos progresos. Incorporado en el clero de aquella metropolitana iglesia, y persuadido san Eustorgio de la utilidad que le resultaria de un ministro de tales prendas, le ordenó de diacono á los veinte y cinco años; en cuyo ministerio se dejó ver nuestro santo con edificacion comun, rígido en la abstinencia, frecuente en los ayunos, observante de las santas vigiliass, continuo en la oracion, liberal en las limosnas, solícito en cuidar de los pobres, modesto en la conversacion, pacífico en sus movimien-

tos, singular en la hospitalidad, esclarecido en todo estudio de la milicia espiritual y zelosísimo defensor de la fe católica contra los herejes arrianos, que con sacrilega impiedad procuraban manchar el mas sacrosanto dogma de nuestra santa religion.

Cuando Laureano vivia en Milan respetado, y aun venerado de todos por la inocencia de su vida y demás brillantes prendas, dispuso Dios que hiciese tránsito á España. No nos dicen los escritores de sus hechos el motivo de este viaje, aunque algunos opinan que fué el de huir de Totila, rey de los Ostrogodos en Italia, arriano de profesion; bien que otros discurren diferentes probables conjeturas: en cuya incertidumbre parece que nos debemos inclinar á que esta transmutacion la ordenó la divina Providencia para que se cumpliesen los altos designios que tenia sobre su persona. Dirigióse á Sevilla en tiempo que regia aquella cátedra Masixo, segun unos escriben; bien que otros con atencion á la época opinan que era Salustio, varon esclarecido en ciencia y santidad. No tardó Laureano en darse á conocer en aquella capital por la inocencia de su vida, por sus laudables costumbres y por su zelo verdaderamente apostólico; por cuyos relevantes méritos fué promovido á la dignidad de arcediano de la misma iglesia, segun testifican varios autores, dignidad condecorada en aquellos siglos con la jurisdiccion amplia y otras prerogativas que son notorias en la disciplina eclesiástica. Colocado en aquel alto empleo, fué el objeto de la admiracion y aun de la veneracion pública la singular prudencia, la suavidad del trato y la celestial doctrina de Laureano, no menos que su puntualidad en el cumplimiento de todas las obligaciones de su cargo.

Ocurrió la muerte del arzobispo de Sevilla por los años 520, segun el mas arreglado cálculo; y como

los obispos sufragáneos, que conforme á lo dispuesto por los antiguos cánones debian concurrir á la metrópoli, donde examinados los votos del clero é inclinaciones de los ciudadanos, eligiesen por metropolitano al mas digno entre los presbíteros, ó diáconos de la misma iglesia, no se pudieron juntar á este fin á causa de los maliciosos ardides de que se valieron los herejes arrianos para impedirlo; permaneció vacante aquella cátedra cerca de dos años hasta el de 522, en el que congregados y reconocidas las cualidades de aquellos que podian ocupar la silla arzobispal, fué preferido por universal consentimiento Lauroano por la heroicidad de sus virtudes, por el conocido acierto que manifestó en su empleo, y con especialidad por su infatigable zelo por la religion católica, circunstancia indispensable en una ocasion en que los herejes arrianos hacian las mas fuertes tentativas para que prevaleciese su impiedad.

Apenas se colocó en el eminente candelero de la iglesia de Sevilla la brillante luz de nuestro santo, cuando acreditó con pruebas prácticas el acierto de la eleccion. Su desvelo sobre el rebaño cometido por Dios á su cuidado, se considera con menos dificultad, que pueda explicarse con palabras. No satisfecho su corazon con surtir á su grey con los saludables pastos de celestial doctrina y con atender como padre caritativo á toda clase de necesidades, perseguia los vicios con una entereza inflexible, al paso que con una dulce suavidad excitaba á practicar las virtudes; debiéndose á su zelo siempre activo la magnificencia del culto divino y la reforma de las costumbres, siendo todo fruto de sus frecuentes predicaciones, de sus sabias exhortaciones, de sus consejos y de sus apostólicas fatigas.

Penetrado del mas vivo dolor su corazon al ver tan arraigada en los ánimos de los Godos la herejía de

Arrio, aplicó todo su esfuerzo á extinguir esta peste, que hacia muchos años inficionaba la nacion con su veneno. Con su celestial doctrina y la realidad de sus ejemplós, confirmada la verdad de aquella con frecuentes milagros, logró que convenciese la admiracion lo que no convenia la razon cristiana; aunque muchos, cerrando los ojos á tanta luz, permanecian tanto mas culpables en su engaño, quanto la obstinacion era mas voluntaria. Diez y siete años consumió este ejemplarísimo pastor en el perpetuo ejercicio de su apostólico zelo, sin dar apenas lugar á la intermision indispensable que exige el natural descanso, por lo que ponderando el cardenal Baronio su mérito, dijo que en el ardor de la fe y libertad de predicarla excedió Laureano á todos los católicos de su siglo.

A una virtud tan sobresaliente no podia faltar la prueba de la tribulacion, que acrisolase mas y mas sus merecimientos. Murió Alarico, rey de España, en el año 507, en la batalla con Clodoveo de Francia, y recayó la corona en su hijo Amalarico en la menor edad; por lo que su abuelo Teodorico, que reinaba en Italia, tomó á su cargo los oficios de tutor, y dió á conocer los de monarca en los dominios de España. Nombró por ayo de Amalarico, y sustituyó por si en la administracion del reino á Teudes, Teuda, Teudo ó Teudio, con cuyos nombres le llaman los escritores, varon sagaz, que, valiéndose de medios injustos, llegó por fin á ocupar el trono en el año 531. En los principios de su reinado, mas atento á los intereses de su ambicion que á su secta, le experimentaron los herejes arrianos poco ó nada favorable; y así ofreció una paz á la Iglesia capaz de que pudiesen los católicos ejercer libremente sus funciones. Pero apenas se aseguró en el solio, halló en su pecho, ó en su disimulo permision el orgullo de los arrianos, en tér-

minos que se introdujo en Sevilla y en todo su arzobispado tal iniquidad, que en breve se levantó una terrible tempestad. Era el ánimo de los herejes dar fin á la vida del santo pastor, á quien miraban como á enemigo el mas temible. En efecto inclinado Teudes á esto mismo, en fuerza de la calumnia que levantaron los sectarios contra la inocente conducta de Laureano, cuyo ardiente zelo por la defensa de la fe católica ofendia al ánimo de un príncipe profesor de la impiedad, se excitó contra él una sedicion furiosa, que amenazaba consecuencias funestísimas.

En esta situacion lamentable, estando Laureano un domingo antes de romper el alba entre sueño y vigilia, se le apareció un hermoso jóven (que se cree fuese un ángel), adornado con vestiduras blancas; y llamándole en tono suave tres veces por su nombre, le dijo: *Levántate, y retírate de esa plebe maligna, que no merece gozar de tu presencia, ni ser defendida con tus ruegos: no dilates la fuga; acelera el paso, que yo he de guiarte. Y sabe que en tu ausencia quedará reducida á suma desventura esta ciudad: la asigirá la hambre, la infestará la peste, y por espacio de siete años le negará Dios el beneficio de las lluvias; hasta que honrada con tus reliquias, su misericordia la visite y convierta á penitencia los ánimos de sus moradores.*

A continuacion de tan funesto aviso, pasó Laureano al templo, celebró el santo sacrificio de la misa, y en un sermón que hizo al pueblo con su acostumbrado zelo hasta la hora de tercia, le manifestó deshecho en lágrimas los terribles castigos que amenazaban á Sevilla. Concluido este acto, corrió por las calles de la ciudad con el báculo en la mano el triste pastor predicando penitencia, como otro Jonás á los de Ninive, valiéndose de las armas de nuevo llanto y nuevos suspiros para vencer á los corazones rebeldes y moverlos al arrepentimiento de sus culpas. Despi-

dióse del pueblo con estos tristes aparatos, salió de Sevilla ya puesto el sol, acompañado del mismo jóven que le ordenó la fuga, y dirigió su marcha para Roma. Fué su camino un itinerario de prodigios, memorable entre otros la vista que dió á un ciego y la resurreccion de un difunto, los que llevaron la fama de su santidad por todas partes.

Llegó Laureano á la capital del orbe cristiano cuando ocupaba la cátedra de san Pedro Virgilio, único de este nombre, quien, informado de su venida y del motivo, le trató con el honor correspondiente á su dignidad y con el amor de que era digna su persona. Sirvió de mucho consuelo al papa un varon de virtud tan conocida, en un tiempo en que combatian su angustiado corazon por una parte las invasiones de los Godos en Italia; y por otra las inquietudes de la Iglesia en el Oriente: acrecentando sus temores no menos la fácil condicion de Justiniano, que la presuntuosa audacia de Teodora Augusta, cuyos designios se convirtieron de favorables en contrarios al sumo pontífice, desde que se opuso el santo á los medios injustos de que se valió la emperatriz. Quiso Virgilio, para dar á Laureano pruebas de su estimacion, que celebrase de pontifical en la Basilica de san Pedro, en la festividad de su cátedra en Roma. Hízolo Laureano, obediente á las insinuaciones del vicario de Jesucristo: y reparando al salir del templo, acompañado de muchos obispos y otras personas del clero y de la primera nobleza, en la puerta del Vaticano á un pobre anciano baldado de piés y manos, que encendido en viva fe le pedia que le sanase; no menos movido de compasion, que de confusion al oír que le creia con tanta virtud, que pudiese dispensarle aquel beneficio, como su corazon era no menos magnífico que caritativo, antepuso á los respetos de su humildad la causa del doliente.

Quiso el santo usar del arbitrio de que toda la comitiva volviese á entrar en la Basilica á orar para que el príncipe de los apóstoles se dignase repetir con aquel enfermo igual prodigio que el que ejecutó en vida con otro de su clase en la puerta del templo de Jerusalem, á fin de atribuir á san Pedro la gloria de aquella accion; pero Dios no quiso pasar por este disimulo, pues dando á la virtud de su siervo el crédito de que se excusaba, apenas dijo al tullido, *haz que los que te traen te pongan ante los umbrales de san Pedro, que por sus méritos conseguirás la salud*, la consiguió perfectamente.

Persuadióle Virgilio que se detuviese en Roma, conociendo los ventajosos frutos que resultarian á aquella viña con tan admirable obrero; condescendió el santo con la órden del vicario de Jesucristo. Estando en oracion cierta ocasion, comunicando con Dios sus afectos, se le apareció el mismo jóven, perpetuo y fiel compañero, y le habló en los términos siguientes: *Ea Laureano, ten buen ánimo, pues se acerca el glorioso fin de tus fatigas, el logro de tus deseos y el premio de tus méritos. Camina á Francia, donde es voluntad del Altísimo que en Tours visites el cuerpo del gran confesor san Martin; haz allí oracion, prepárate para el martirio, y parte luego para recibir la palma al territorio de Bourges, en cuyos espaciosos desiertos está la aldea, llamada Vatan: su campo es el teatro que destina Dios á la mayor de tus victorias. Por todas partes te buscará de órden del rey, y es voluntad de Dios darles permision de labrarte la corona del martirio. A Sevilla será llevada tu cabeza, donde en un templo consagrado al Altísimo en honor tuyo, será colocada y venerada: así tendrá la profecia cumplimiento: aplacará Dios sus enojos, mirará aquella ciudad con clemencia y la favorecerá con lluvias y frutos. Pórtate, Laureano, como varon fuerte, que es muy grande el premio que te espera.*

Recibió Laureano con inexplicable gozo tan alegre nueva, como término de sus fatigas y serenidad de sus congojas, mirando ya cerca la gloria de testificar la fe con la sangre de sus venas; y considerando que se aproximaba la felicidad de Sevilla. Encendido su corazón en semejantes afectos, y no menos impelido de ellos, salió de Roma para Francia; y aunque los escritores pasan en silencio los acontecimientos de este viaje, parece creíble que se derramaria por todas partes el buen olor de su virtud; de modo que pudieran entender los agresores que le buscaban por varias provincias, su arribo á aquel reino. Llegó á Tours, y habiendo visitado el sepulcro de san Martín é implorado en aquel santuario la divina asistencia, nuevamente encendido en vivísimos deseos de lograr cuanto antes la dicha que deseaba, partió al territorio de Bourges, antiquísima metrópoli de Aquitania, hoy capital del Berri, de la que dista siete leguas hácia el Occidente el lugar de Vastino ó Vatan, corta poblacion entonces, en cuyos desiertos se le habia revelado que conseguiria la corona del martirio. En efecto, apenas caminó media legua, cuando acometido de los que habian de emplear en su inocente vida su inhumana crueldad, separaron con un terrible golpe la cabeza de sus hombros, consiguiendo él por este medio la corona apetecida en el día 4 de julio del año 446.

Luego que ejecutaron los homicidas el atentado, los invadió un repentino terror que los puso en precipitada fuga; pero poniéndose en pié el venerable cadáver, llevando en las manos su cabeza y siguiéndolos, les dijo: *esperad, tomad esta cabeza; entregadla al que os envió por ella, para que la lleven á Sevilla.* Absortos los agresores con tan estupenda maravilla, convirtiendo en reverencia el horror, y en viva fe su perfidia, postrados ante el santo recibieron la pre-

ciosa alhaja, y enterraron el cuerpo en una cueva, hasta donde habia caminado siguiéndolos.

Algunos autores escriben que fué Totila el rey que dió la orden á los ministros para que llevasen á Sevilla la cabeza del santo, suponiéndole rey de España; pero no habiendo habido en el reino soberano de este nombre, se cree con gravísimo fundamento, atendiendo á la época del suceso, que fué Teodes, á la sazón reinante en España, que despachó por todas las provincias pesquisidores de Laureano, á fin de que le diesen muerte. Bien que pudo valerse de Totila, rey de Italia, sabiendo que en ella moraba Laureano, para que auxiliase sus intenciones, lo que me parece pudo dar motivo á semejante equivocacion de atribuir á Totila el execrable hecho.

Partieron los agresores con la cabeza del ínclito mártir, y al entrar en los dominios de España se comenzó á experimentar la beneficencia del cielo, saciando universalmente con lluvias abundantísimas la escasez que tantos años padecia la tierra. Supo Teodes este y otros prodigios, que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su fiel siervo, y arrepentido de su delito, salió á recibir, á pié descalzo, el precioso tesoro, depuestas las insignias reales, vestido de cilicio y polvoreada de ceniza la cabeza, queriendo le acompañasen en aquel acto de reverencia muchos obispos, sacerdotes y próceres del reino. Recibió Sevilla la preciosa reliquia de su santo obispo con universal aplauso, cesaron todas sus plagas, purificáronse los aires, fecundáronse los campos y volvieron á ver los habitantes del país los benignos influjos de aquel apreciable clima.

No quiso Dios que solo España gozase las reliquias del insigne mártir. A los tres dias de su muerte, estando en oracion el obispo de Arles en el sepulcro de san Cesario, y algunos dicen fué san Eusebio, y otros

con mas fundamento creen fué san Aureliano, le avisó un ángel para que pasase al territorio de Bourges y diese sepultura al cuerpo de Laureano, que hallaria cerca de la villa del Vatan, en una cueva de aquel desierto. Partió sin dilacion el prelado de Arles al indicado sitio, y habiendo encontrado el cadáver, ejecutó su funeral y edificó sobre su cuerpo una capilla en honor del principe de los apóstoles, cuyo titulo se trasmutó con el tiempo en el de san Laureano, en virtud de los muchos prodigios que el Señor se dignó obrar por su intercesion; y aun se erigió despues en parroquia. No fué tolerable á los vecinos del Vatan que el santuario donde se veneraban las reliquias del santo estuviese retirado del pueblo, defraudando la distancia su culto y mayor consuelo á los naturales. Movidos de este zelo, le erigieron templo en la misma villa, al que trasladaron su venerable cuerpo, habido en grande veneracion, hasta que, invadiendo los Hugonotes el territorio de Bourges, robaron y destruyeron los templos, ultrajaron las santas imágenes, profanaron los sepulcros y redujeron á ceniza las reliquias que se veneraban en ellos. Tambien fué materia del enorme sacrilegio el cuerpo de san Laureano; pues no contentos los impíos violadores con arruinar su templo y robar sus alhajas, le entregaron á las llamas. Pero habiendo dispuesto la divina Providencia que se librase del incendio un hueso, que se dice ser del brazo, hallado con universal consuelo de los vecinos del Vatan, le colocaron en lugar decente, hasta que en el año 1100 reedificando el templo destruido en forma mas augusta que la antigua, le depositaron en él, donde el 4 de julio, dia de su martirio, se celebra su festividad solemnissimamente.

La cabeza del santo no hay duda que se conservó en Sevilla en grande veneracion y aprecio hasta la irrupcion de los Arabes, de cuyas bárbaras manos la

preservó el Señor, como lo declaró el sínodo diocesano de aquella metrópoli, celebrado en el año 1604 por estas palabras: « La cual cabeza tenemos entre las reliquias de nuestra santa iglesia, donde se ha continuado su culto con toda magnificencia, dignándose Dios obrar repetidos prodigios por la intercesion de su siervo. »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Lisboa, santa Elisabeth, viuda, reina de Portugal, que, ilustre por sus virtudes y milagros, fué puesta en el número de los santos por el papa Urbano VIII.

En el mismo dia, san Oséas y Ageo, profetas.

En Africa, la fiesta de san Imondiano, mártir, arrojado al mar por confesar á Jesucristo.

En España, san Laureano, obispo y mártir, cuya cabeza fué llevada á Sevilla.

En Sirmich, san Inocente y santa Sebastia, mártires, con otros treinta.

En Nadaura en Africa, san Nanfanion, obispo, que en la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Digniano, fué desgarrado con plumadas, le arrancaron la lengua, y murió por último en paz como confesor de Jesucristo.

En dicho dia, la fiesta de san Flaviano segundo obispo de Antioquia, y san Elías, obispo de Jerusalem, que, desterrados por el emperador Anastasio en razon de su adhesion al concilio de Calcedonia, rindieron el alma á Dios, manteniéndose en los mismos sentimientos.

En Ausburgo en Suavia, san Ulrico, obispo, admirado por su abstinencia, liberalidad y vigilancia; fué ilustre por el don de milagros.

En Tours, la traslacion de san Martin, obispo y confesor; y la dedicacion de la iglesia de su nombre, el

mismo día en que el santo había sido consagrado obispo, algunos años antes.

En Griselle cerca de Molesme, diócesis de Langres, san Valentin, confesor en tiempo de Childeberto.

En Blangy en Ternois junto à Hesdin, santa Berta, viuda, fundadora de aquel monasterio.

En Leon de Francia, el venerable Aureliano, obispo de la misma ciudad, fundador de San Benito de Seissieu, en el país de Bugey.

En Tolosa, san Raimundo, confesor, que, muerta su mujer, tomó el hábito de canónigo regular en Saint-Sernin y fundó un colegio para trece clérigos pobres.

En Placencia, el martirio de san Antonino.

En dicho día, san Andrés de Creta, obispo, célebre por sus escritos.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Ulrici, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable solemnidad del bienaventurado Ulrico, tu confesor y pontífice, se aumente en nosotros la virtud y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictio-nem omnium gentium dedit

Hé aquí un sacerdote grande que en sus días agradó à Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante à él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes,

illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum in odorem suavitatis.

y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia à los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Esta epístola es un compendio ó una coleccion » de los elogios que el Espíritu Santo hizo del sumo » sacerdote Aaron en el libro sagrado intitulado *el* » *Eclesiástico*. La Iglesia ha tomado de muchos lugares de los capitulos 44 y 45 de este libro todo » lo que se contiene en esta epístola; y toda ella » incluye y encierra en sí un completo elogio del » sumo sacerdote, que la misma Iglesia aplica à los » santos confesores y pontífices de la ley nueva. »

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó à Dios durante su vida; y hablando en rigor, solo fué grande porque agradó à Dios. Agradar à Dios es el fundamento de la verdadera grandeza; así como la mayor de todas las desdichas es desagradarle, incurrir en su indignacion y vivir en su desgracia. Pero ¡qué poca fuerza hace esta gran verdad à muchos hombres del mundo! Este es uno de los primeros principios de la religion; pero ¡qué importa? ni se piensa en él, ni se hace

caso de desagradar al Señor. La menor sospecha, el menor rezelo de estar en desgracia del príncipe quita la paz y el sosiego, altera el reposo, llena de amargura y causa mortales inquietudes á los dichosos del siglo. ¿Hace el mismo efecto en nuestros ánimos el pensamiento de estar en desgracia de Dios? ¿quitanos el sueño? ¿interrúmpenos la alegría? ¿causa siquiera alguna amargura en el alma? Hablemos claros, no es menester mas para conocer, para palpar la irreligion de nuestro siglo. En él se puede decir con el Profeta que los hombres beben la maldad como el agua, y que el pecado está como familiarizado con la conciencia de los cristianos. *Pequé, es así*, dicen con el impío de quien habla la Escritura, *pequé; ¿y qué mal me ha sucedido?* Vivese en la enemistad de Dios; mas por eso ni se vive con menos contento ni con menos tranquilidad. Por mas que los espectáculos sean contrarios á la religion; por mas que las concurrencias mundanas sufoquen la virtud; por mas que las diversiones peligrosas sean incompatibles con la inocencia, no importa; el concurso atropellado siempre se hallará en los espectáculos, y las diversiones peligrosas han de ser de todos los tiempos y de todas las estaciones. Hasta en el santuario entra el vicio, digámoslo así, con la vara levantada; ya no respeta á estado alguno la licencia de las costumbres; inunda y triunfa la iniquidad en todas las edades; y despues nos quejamos de que se derrame un diluvio de calamidades por todo el universo. Efectos necesarios son de nuestros desórdenes esos azotes tan universales que nos castigan y nos abaten. ¡Con qué facilidad y con qué seguridad se violan las mas sacrosantas leyes! ¡los mandamientos mas esenciales, las mas respetables reglas! y esto al mismo tiempo que somos tan delicados en todo lo que toca á nuestro honor, á nuestro interés y á nuestra reputacion. La mas lijera ofensa,

el mas mínimo desprecio nos excita la cólera, y al momento gritamos, ¡qué injusticia! ¡qué vileza! ¡qué ingratitud! alborotando al mundo hasta que se nos da satisfaccion. Solo á la ofensa de Dios nos mostramos en todo tiempo indiferentes é insensibles; de manera que por lo que toca á nuestra quietud y en lo respectivo á nosotros, parece que lo mismo se nos da agradarle que ofenderle. ¡Buen Dios, y cuánta necesidad hay de un juicio final en vista de esta conducta! ¡Qué bien justifica este proceder los terribles azotes que afligen el día de hoy toda la tierra!

El evangelio es del cap. 25 de san Matco.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terra, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos. Pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas. Y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofrecio otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que

mibi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

he ganado. Djole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Djole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

DEL APRECIO Y VENERACION QUE DEBEMOS HACER DE LOS SANTOS ESTILOS DE LA IGLESIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por aquellos diversos talentos del Evangelio no se entienden únicamente aquellos dones particulares que el Señor distribuye tan liberalmente á sus siervos; puédense tambien entender los devotos estilos y santas costumbres de la religion, las cuales son tambien fuentes de gracias para los que saben aprovecharse de ellas, practicándolas con aquellas disposiciones que nos pide el espíritu de la Iglesia, que es el mismo Espíritu Santo. Tales son las bendiciones del Santísimo, salves, procesiones, salutación angélica, agua bendita y otras muchas ceremonias y sagrados ritos de la Iglesia católica, todos antiguos, todos santos y todos instituidos para enriquecer á los fieles con las bendiciones del cielo. ¡O buen Dios, y qué de tesoros espirituales nos hace perder nuestra poca religion! Reflexionemos bien las oraciones que

dice la Iglesia en la bendicion del agua, y por ellas conoceremos la virtud del agua bendita.

Dase principio por la bendicion de la sal con esta oracion: « Yo te exorcizo, esto es, yo te bendigo, criatura de la sal, por el Dios vivo, por el Dios verdadero, por el Dios santo, por aquel Dios que mandó al profeta Eliseo ordenase que te echasen en el agua para hacerla saludable y fecunda, á fin de que por este exorcismo puedas contribuir á la salvacion de los fieles, y todos los que te usen reciban la salud del cuerpo y del alma, y para que el lugar donde te derramen sea libre de toda ilusion, malicia, artificio y sorpresa del diablo; y todo espíritu inmundo sea expelido de él, conjurándole aquel que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, y á todo el mundo por fuego.

» Todopoderoso y sempiterno Dios (prosigue el sacerdote), suplicamos muy humildemente á vuestra infinita clemencia os digneis, por vuestra bondad, bendecir y santificar esta criatura de la sal, que concedisteis para su uso á todo el género humano, á fin de que sirva á los que se valgan de ella para la salvacion de su alma y de su cuerpo, y que todo lo que sea tocado ó rociado con ella sea preservado de toda mancha y de todos los ataques de los malignos espíritus. Por nuestro Señor Jesucristo, que, siendo Dios vive y reina con vos en unidad del mismo Espíritu Santo.

» Yo te exorcizo, criatura del agua en nombre de Dios Padre todopoderoso, y de nuestro Señor Jesucristo su Hijo, y en virtud del Espíritu Santo, á fin de que por este exorcismo ayudes á expeler y disipar todas las fuerzas del enemigo, y á exterminarle á él mismo con sus ángeles rebeldes por el poder del mismo Jesucristo nuestro Señor, que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, y al siglo por fuego.